

AL CENTENARIO DEL CARDENAL NEWMAN

JUAN ENRIQUE NEWMAN

EL mundo católico celebra alborozado la fecha centenaria de la conversión de Juan Enrique Newman que el 9 de Octubre de 1845 fué admitido en el seno de la Iglesia Católica por el P. Domenico, Pasionista. Por tratarse de una de las figuras más relevantes entre los católicos del siglo XIX y por ser su vida sumamente ejemplar para nosotros, creí que los lectores de SIC tendrán interés en conocer algunos datos y hechos de su vida.

Datos biográficos. Sangre francesa e inglesa corria por sus venas. Era su padre Juan Newman y su madre Jemina Foudriner. En la raza judía del uno y en el carácter hugonote de la otra han querido ver algunos biógrafos la herencia de las cualidades que formaron el carácter del ilustre Cardenal. Niño aún, su madre lo entrenó con una religión severa e interior. En sus manos se veía continuamente la Biblia; sus hechos vagaban sin cesar por su fantasía y en su alma resonaban aquellas palabras de Dios, como si fueran un mensaje directo del cielo para él. Acertado anduvo más tarde el Cardenal Wiseman, al elegirle para la revisión de la versión católica de la Biblia en inglés.

Graduado en Oxford en 1820 siguió manteniendo contacto con los hombres más ilustres de aquella ciudad universitaria y el descaudado ardiente de su juventud de ser virtuoso, quedó como sancionado al recibir la ordenación para el ministerio anglicano en 1824. Desde ese instante podemos señalar como principales jalones de su vida los hechos siguientes.

Comienza el año 1833 el movimiento de Oxford que culmina en su conversión el año 1845.

Recibe las órdenes sagradas en Roma en 1846, siendo más tarde en 1854 invitado a ser Rector de la Universidad Católica de Dublín.

Roma en vista de su fe y de la fortaleza de sus combates le promueve al Cardenalato 1879 y muere santamente como había vivido en 1890.

Rasgos de carácter.—No es fácil encuadrar en pocas frases el carácter de este hombre que aparece con frecuencia como contradiciéndose a sí mismo. La educación familiar le dió una madurez prematura. No conoció, pueda decirse, el bullicio alegre de la infancia ni la algarabía de la juventud. En sus manos se veían libros y sobre su frente vagaban pensamientos graves.

Por una parte era amable, comunicativo, servicial. El lema que escogió para su escudo cardenalicio manifiesta ese aspecto de su alma "*Cor ad cor loquitur*". Un hombre que no quiere mentiras ni ficciones, que quiere el trato sincero de corazón a corazón, algo íntimo, espiritual. Para él la verdad reclama todos los derechos. Por ella renuncia a honores, privilegios, posición. Su conversión no es más que la culminación de ese culto a la verdad.

A pesar de estas cualidades era como cerrado en el que no podían penetrar sino contados amigos. Es que todo su ser estaba como saturado de cierta aristocracia que exclusivamente había de ser para selectos. Lo confesaba él mismo "*Paucorum hominum sum*". No he nacido para lider ni para las muchedumbres ni para gobernar. Su estilo no era para la masa, su pensamiento volaba por alturas desconocidas a las mayorías, su espíritu era de una delicadeza exquisita, su porte y trato, exhalaban, sin quererlo, una superioridad que ahuyentaba más que atraía. Ya el lector se habrá fijado que, al hablar de aristocracia, únicamente nos referimos a los valores espirituales.

La contrariedad fué compañera inseparable. No hay de parte de él una reacción violenta, pero presenta una resistencia prolongada. En el interior de su espíritu y en su

vuelo a Dios hallaba tranquilidad en medio de las mayores pruebas.

Dotes literarias.—El mundo exterior era para él un velo que ocultaba la realidad y al mismo tiempo le llevaba hacia ella. Quien queda en la visión externa no hace más que percibir la sensación superficial y sólo quien, rota la corteza externa, ahonda en las profundidades del espíritu consigue llegar a la médula de la verdad.

Es significativo el epitafio de su tumba "*Ex umbris et imaginibus ad veritatem*".—De las sombras y de los símbolos a la verdad.

Su producción literaria tiene un carácter preferentemente psicológico. Su conocimiento del corazón humano era algo excepcional. Al oírle hablar e introducirse insensiblemente en el corazón, removiendo las fibras más dormidas, sujetaba la atención y producía profunda emoción. Las impresiones que nos comunica Arnold sobre sus sermones, con la debida proporción pueden aplicarse a todas sus obras. "Quién podrá resistir el encanto de esta espiritual aparición, desliziándose por las naves de la Iglesia de Santa María, envuelto en la luz desmayada de la tarde, subiendo al púlpito para romper con la voz más agradable el silencio, con palabras y pensamientos que eran música religiosa, sutil, suave y emocionante? Jamás con medios tan sencillos consiguió nadie impresión tan profunda en el auditorio como Newman".

Una obra reciente "Heart to heart" que no es más que una compilación de oraciones entresacadas de las obras del ilustre escritor pone de resalto el carácter de intimidad, la profundidad de pensamiento y la exquisitez de forma. Entrelazando sus ideas con los pensamientos proféticos del mundo hebreo y no pocos de la literatura griega, latina e inglesa, inspirándose en los grandes maestros del pensamiento cristiano, van brotando espontáneamente las ideas de su mente como agua cristalina de oculto hontanar.

"Como escritor, dice Barry, ha copiado de Cicerón aquella su lúcida y amplia arte de exposición; de los trágicos griegos el refinamiento mental, de los Padres de la Iglesia cierta preferencia por la enseñanza personal más que por la científica, de Shakespeare, Hooker y la antigua escuela el uso del idioma en su época más brillante."

Tampoco fué ajeno al culto de la poesía. Alguna de ellas, la famosa "Lead kindly Light" ha quedado consagrada como pieza clásica de antología; las traducciones de

himnos eclesiásticos tienen una limpidez y facilidad encantadoras; el poema "El Sueño de Geroncio" es obra maestra.

Todo asunto o materia que cruza por su cerebro, sale envuelto en blanca luz y al pasar por su pluma se reviste de colores brillantes y atractivos. Hasta la materia pedagógica que, a juzgar por los libros que circulan, parecía proscrita a una ausencia total de belleza literaria, en los escritos de Newman es encantadora y atrayente.

"Raras son las producciones inglesas pedagógicas, dice el profesor de pedagogía Corcoran, que sobresalen por sus ideas constructivas y al mismo tiempo como modelos de buen estilo y de dominio de la lengua. Esas cualidades de fondo y forma se hallan en Platón, Quintiliano, Vives. . . . Pero carecen de ellas Milton, Locke y todos los autores que precedieron a Newman. En su "Idea of a University" discute ciertos principios fundamentales de la educación con tal riqueza de ilustración y belleza de estilo que ningún tratado inglés de pedagogía, no sólo no lo iguala, pero ni se le acerca".

Cerremos este punto concreto con el testimonio espigado en una célebre obra de W. G. de Burgh; "A pesar de contar la literatura pedagógica más de veinte siglos y a pesar de la nube de escritos en estos últimos tiempos, son escasos los libros dignos de leerse. La República de Platón es con mucho el más importante. En la época moderna la "Idea of a University" de Newman es una respetable excepción".

Materia hay en este punto para llenar un espacio mucho más amplio que el exigido por un artículo. A quien quiera ver el aspecto literario de sus sermones le servirá de guía la obra de Daniel M. O'Connell S. I. "FAVORITE NEWMAN SERMONS. Escogamos entre muchos dos de sus testimonios:

Para Shairp cuando habla Newman "cómo las viejas verdades se hacen nuevas y cómo se nos presentan con un significado hasta entonces desconocido. Con cuánta delicadeza pero con cuánta energía pone su dedo en algún escondrijo del corazón del oyente y le descubre cosas hasta entonces para él desconocidas. ¡Las más sutiles verdades, en cuya exposición hubieran empleado las filosóficas páginas de circumloquios y palabras altisonantes, las encierra en una o dos sentencias del más trasparente inglés. Qué delicadeza de estilo y qué fuerza! qué sencillo y a la par qué sugestivo! qué familiar y qué refinado, qué penetrante y qué tierno! Después de oír estos sermones se puede salir sin abrazar las verdades de la

Iglesia, pero uno se siente más inclinado que la mayoría de los hombres a avergonzarse de la vulgaridad, del egoísmo, del espíritu mundano y a sentir la fe más cerca de su alma".

De obras maestras han sido calificados algunos de sus sermones. "The Second Spring" lo aprendió de memoria Lord Macaulay y a E. Ryan en reciente obra le merece el siguiente juicio: "**La Segunda Primavera**" es una obra maestra de literatura, saludada como tal desde el primer día y como tal considerada en nuestros tiempos. Es una de esas supremas obras de arte que impiden la crítica porque subyugan y arrastran a la admiración. Si quieres apreciarlo en su valor, ponte a trabajar y a hacer lo que hizo Jorge Eliot, aprenderlo de memoria desde la primera hasta la última línea".

Plantea O'Connell en la citada obra la cuestión de la supervivencia de Newman contra la acción demoleadora del tiempo. Para él la respuesta no es dudosa. "Los primeros cien años son los más difíciles. Salvados ellos, la inmortalidad de la obra está asegurada".

La Conversión.—La introspección de su alma y la sinceridad de su carácter le llevaron siempre con decisión en busca de la verdad. Por ella se impuso las más arduas tareas y no retrocedió ante los más duros sacrificios. Los intereses materiales y corporales para él no tenían valor. El mundo espiritual le atraía con impulso irresistible. De ahí nació el voto de castidad hecho en plena juventud; de esa fuente manaba aquella ansia de trabajar espiritualmente con la juventud; actividad que le ocasionó algunos roces con el Dr. Hawkins y finalmente su renuncia al cargo fellow del Colegio Oriel y ahí deben encontrarse las raíces del movimiento de Oxford, pues no podía ver con buenos ojos el espíritu liberal que invadía hasta el sagrado recinto de su Iglesia anglicana y que motivó el célebre discurso de Koble "La apostasia Nacional".

Frente a ese desvío de los compañeros no se cansaba buscando en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia el eco de la auténtica iglesia cristiana. Poco a poco fué haciendo luz en su espíritu una idea que es al mismo tiempo factor decisivo "la

fuerza de la tradición". Aquel argumento luminoso que S. Agustín disparaba contra los tercios Donatistas "**securus iudicat orbis terrarum**" le impresionó hondamente. El estudio del monofisismo le inculcó dudas sobre el anglicanismo. Por más que escogió la Vía Media (esa Vía media por donde han trajinado tantos herejes) entre el Papa de Roma y el Calvino de Ginebra, poco a poco se fué ladeando en su Vía Media, se fué aproximando hacia el Vaticano hasta que la Vía Media se fundió en la Vía Romana.

Estas ideas expuestas así escuetamente se pueden seguir en los Tracts con movimiento gradual y progresivo. Las alarmas primeras de sus escritos fueron acentuándose hasta que en el Tract N° 90 llegaron las cosas a tal punto que lo condenaron como **traidor** y la Universidad lo consideraba ya como a un **tránsfuga**. Por más que el Obispo de Oxford, fué benigno en su juicio, opinó sin embargo que la publicación de los Tracts debía cesar. Y entretanto sobre el joven ministro llovían por todas partes protestas de anglicanos como si fueran una definición **ex cathedra**. Dejémosle en el retiro de Littlemore, llevando vida monástica con sus compañeros; dejemos el recuerdo de aquel precioso discurso "The Parting of Friends" en que se despidió de sus amigos anglicanos y escuchemos las últimas palabras de su patética despedida; "Y en el futuro sed vosotros benévolo con él, recordando aunque ya no le oigáis, rogado por él para que en todo conozca la voluntad de Dios y siempre sea pronto a cumplirla".

Conclusión.—La voluntad de Dios estaba clara; entrar en la Iglesia de Roma. Este paso podía ya predecirse. Cuando el año 1832 viajaba por el Mediterráneo cayó enfermo en Leonforte (Sicilia). El se sentía llamado a una alta misión y en medio de su soledad y del delirio de la fiebre repetía. **Yo no puedo morir; yo no he pecado contra la luz.** Más tarde, cuando restablecido de sus achaques bogaba hacia su patria, al ser sorprendido por una tempestad en el estrecho Bonifacio escribió aquella poesía, pura filigrana de arte y refinado gusto: "Lead Kindlylight". Y la luz le guió y al entrar en la Iglesia Católica y levantar sus ojos, vió a Cristo en su trono y entre torrentes luminosos se oía una voz "Yo soy la luz".

V i c t o r

I r i a r t e